



When Old Technologies Were New

Carolyn Marvin
(Oxford University Press, 1988,
269 págs.)

Este libro no está reseñado aquí y ahora por su novedad; es de 1988. Tampoco es que sea un libro profético sobre la industria de los medios de comunicación; el subtítulo reza “Pensando en la comunicación eléctrica de fines del siglo XIX”. Lo único actual en este libro somos sus lectores, que estamos viviendo una época de cambio tecnológico equivalente a la de los norteamericanos y europeos de fines del siglo XIX. Y el hecho de que, cuando en septiembre de 2010 la revista *The Atlantic* publicó el canon de los 50 libros esenciales para entender la tecnología, este libro ocupó el primer lugar, según la selección de expertos y lectores.

Carolyn Marvin es profesora de la Annenberg School for Communication de la Universidad de Pennsylvania. Esta es su primera publicación y sus intereses derivaron luego hacia otros temas bajo el amplio paraguas que son los “estudios culturales”.

El gran acierto de este libro -y que justifica tanto su lugar en el ranking como una reseña con 22 años de retraso- es la afirmación inicial que hace la autora y de la cual se desprende todo su análisis posterior: La historia de los medios no es la historia del artefacto; cuando el artefacto sale a la venta, lo más interesante e importante ya ocurrió. Una cita extensa lo explica mejor: “Aquí, el foco de la comunicación cambia desde el instrumento al drama en el cual los grupos existentes negocian perpetuamente poder, autoridad, representación y conocimiento (...) Los viejos hábitos de transacción entre estos grupos son proyectados en las nuevas tecnologías que alteran, o parecen alterar, las distancias sociales críticas. Los nuevos medios pueden cambiar la percepción de efectividad de la vigilancia de un grupo sobre otro, la familiaridad permitida en el intercambio, la frecuencia y la intensidad del contacto...” (p. 5). Es decir, Marvin parte por afirmar que las nuevas prácticas de los

grupos sociales no derivan tanto de las nuevas tecnologías sino que son improvisadas a partir de las prácticas antiguas que ya no funcionan en un nuevo ambiente.

Que no le engañe el título. No es un libro sobre cómo eran el telégrafo, la electricidad y el teléfono cuando recién se inventaron, sino que es el relato de cómo éramos nosotros, sus usuarios, cuando nos enfrentamos a ellos por primera vez. La actualidad de este libro está en la constatación de que no éramos tan distintos a como somos hoy frente a Twitter, Youtube o Google. Los medios cambian; los miedos no. Al cambiar los medios, redistribuyen el poder, y con él, la capacidad de crear una nueva elite.

La autora parte del concepto de “comunidades textuales” —el grupo que crece alrededor de textos considerados autoridad y que cuentan con interpretadores legítimos y reconocidos— para revisar el surgimiento de los ingenieros eléctricos, ese grupo especializado que construyó un relato y una ciencia, un lenguaje y una técnica para, al mismo tiempo, validarse como pares al interior de la elite conformada por las ingenierías ya existentes y separarse del resto de la ciudadanía no iniciada en sus ritos, pero que participaba de ellos, porque los consideraba atractivos y seductores. Las promesas salvíficas de la electricidad bajaban hacia los legos por el mismo cable de cobre que subían sus demandas de entretenimiento, servicios y la admiración que le confería a esta nueva elite la autoridad que buscaba.

Usando como fuente decenas de publicaciones gremiales y profesionales, así como las crónicas maravilladas de la prensa, Marvin muestra cómo se separan aguas entre el simple ferretero diestro con las herramientas y el ingeniero eléctrico; o cómo se levantan barreras simbólicas y ritos de pasaje para ingresar a este verdadero sacerdocio; o la convicción de usar la electricidad como castigo para mantener fuera del círculo a aquellos socialmente inferiores: indígenas, mujeres, hombres de campo, negros, etc.

La electricidad y los ingenios que ella trajo supusieron la primera amenaza a una frontera de la vida que estaba tranquila desde hacía siglos: La intimidad, la privacidad y la familia. Hoy Internet lo ha vuelto a mezclar todo, y la tecnología la damos por descontada; pero imagínese las angustias de un padre que ya no tiene control sobre la identidad de los hombres que cortejaban a su hija; o la magnitud de los escándalos que se produjeron por lo que ahora conocemos como “el cuento del tío” por teléfono. La casa familiar tenía canales formales para la entrada y salida de información claramente definidos desde hacía siglos; la identidad y el

rango social de los habitantes del hogar y de la servidumbre, así como de su capacidad de filtrar y retener información eran claros. El teléfono hizo porosas esas murallas y líquidas esas identidades.

Cuando Chile celebre su tricentenario, alguien se podrá reír de las profecías que hacemos hoy respecto de Internet. Sin embargo, nos sorprendemos cuando Marvin nos cuenta que para el norteamericano corriente de 1890 el teléfono era más útil para comunicarse al interior del hogar que para hablar con alguien al otro lado del Atlántico. Este libro muestra muy bien las diferencias de visión entre la “elite eléctrica” que creó estas tecnologías y el resto de los mortales.

Vemos que no hemos cambiado mucho cuando comparamos a los actuales “apocalípticos e integrados” con los antiguos deterministas de la electricidad. La convicción de que la electricidad ayudaría a combatir el crimen no fue menos popular que su inversa. El que decía “apaga la luz y tendrás el caos” obtenía por respuesta que “la más poderosa forma de uso de la electricidad para el control social no es comunicacional, sino que es la fuerza incontestable: Pena de muerte por electrocución” (p. 100). La misma tecnología que suscitó una retórica excluyente fue usada para reforzar la democracia y la integración.

Y lo mismo en todos los planos. Cuando en la Costa Este norteamericana se pensaba en la manera más eficiente de matar criminales o enemigos con la electricidad, en el oeste se argumentaba que ante la posibilidad de destruir la humanidad producto de sobrecargar eléctricamente la atmósfera (¡!), el hombre tendería a la paz y al equilibrio con la naturaleza. Los que veían en la tecnología una herramienta para subyugar la naturaleza compartían la mesa con aquellos que se arrodillaban ante un dios que les daba el instrumento capaz de manipular la fuerza más formidable de la creación.

Al leer hoy a autores como Clay Shirky y su llamado a “Pensar lo impensable” o al recordar las advertencias de Russell Neuman sobre los determinismos blandos en “El futuro de la audiencia masiva”, no puedo menos que reconocer en este libro una mirada original y una sensata visión del ser humano y su destino: nos reconocemos en esta “tendencia a leer la historia desde el pasado hacia el presente.

Por José Agustín Muñiz Viu

Bachiller y Periodista Pontificia Universidad Católica de Chile / Profesor Escuela de Periodismo Universidad Andrés Bello